



**Reseña de la traducción al español de *Retratos de traductoras y traductores*.  
Jean Delisle, ed. académico. Ediciones del Grupo de investigación en traductología,  
Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia 2010, Pulido, Martha (ed), 268 p.p.**

*Claudia E. Urrego Zapata*

*Universidad de Antioquia / Servicio Nacional de Aprendizaje - SENA*

[ceuz@yahoo.com](mailto:ceuz@yahoo.com)

Más allá de un encuentro biográfico con los hacedores de textos o los forjadores de una lengua, *Retratos de Traductoras y Traductores* es un encuentro de pasiones, emancipaciones y luchas internas con el valor de enfrentar un quehacer no preponderante en diversas épocas. A través de los años, los traductores por oficio o accidente, han contribuido de múltiples maneras al engrandecimiento de personajes, naciones, y al ennoblecimiento de las lenguas.

Así, el trazado lineal de la vida de siete traductores, marca la intención clara de concebir una historiografía de la traducción visible, que permita identificar en la traducción toda la fuerza intrínseca de una disciplina que va más allá de un simple vasallaje hacia las letras. A través de la mirada de Guillaume de Bochetel, Lazare de Baïf, Mikael Agricola, Anna Dacier, Émile de Châtelet, Albertine Necker de Saussure, e Irène de Buisseret, hacemos un viaje a través de diferentes estadios de la intelectualidad y del ser como tal. Con el crecimiento de las sociedades, y la división de la razón, el trazado laberíntico del lenguaje determinó la pérdida de una linealidad y el nacimiento de una bifurcación multi-testamentaria: en centurias pasadas, lejos de imaginarse la densidad de un problema hermenéutico, los traductores, herederos de una tradición leal, acogieron según su vida, su experiencia, un modelo de traducción individual que les permitiese ejercer cierta soberanía sobre las letras.

Para mediados del siglo XIX un traductor no era símbolo de erudición, sin embargo la fidelidad de Guillaume de Bochetel y Lazare de Baïf al rey llegaría a traspasar las líneas de esta tradición. Las carreras diplomáticas y leales encomiendas al servicio de Francisco I, llevaron a estos dos servidores, en un principio alejados de todo interés literario, a entremezclarse con la nobleza y forjar un quehacer poético a través de las obras de Sófocles, Eurípides, Plutarco, entendidas como un arma de grandeza, símbolo de la gloria para el rey. Con esta potestad concedida a de Bochetel y a de Baïf, las mejores tragedias griegas fueron llevadas al francés, de alguna manera, acercando la gloria de las letras a un público no latinista, ni aristócrata, y allanando el camino para la emergente tragedia francesa.

En Mikael Agricola encontramos la labor del traductor entremezclada con múltiples tareas, como ha sido determinante por muchos años en el quehacer del traductor. Éste, con un conocimiento transversal a muchas áreas, ejerce la labor de maestro, aprendiz literario y la de traductor mismo. Sus obedientes tareas, servían a Agricola para adquirir los textos con los que construyera el edificio de su intelectualidad; considerando que los diccionarios no existían para la época, Agricola se proponía la adquisición de textos paralelos para guiar sus traducciones,

llevando a su lengua vernácula, el finés, la grandeza del latín, griego, alemán y sueco. Su obra está cargada de una extensa preocupación traductológica, con reflexiones y comentarios, que lejos de proclamarlo maestro en las artes traductivas, le sirvieron para explicar todos los criterios usados a la hora de traducir. De cierta manera, podríamos decir que Agricola se sublevó ante la herencia simbólica del lenguaje sagrado, pues le imprimió un estilo personal a su versión finesa del nuevo testamento. Reconocido como un reformista, heredó a sus coterráneos el poder de una lengua literaria.

Vivir en la piel de Anne Dacier, es vivir la época de cambio del siglo XVII; Madame Dacier encuentra en su padre una figura dominante y determinante de su vida personal e intelectual, pues aunque jamás asistió a la Universidad, las enseñanzas de su padre, profesor de la academia de Saumur, le confieren un espíritu crítico con fundamentos filológicos que permitirán elucidar en su obra un vasto trabajo traductivo y traductológico con un estilo muy personalizado; introduce nociones propias tales como la no traducción o la traducción parcial, como modelos de respeto a la prosa del texto fuente, reconstruyendo el texto de manera explicativa, pero no permitiéndose tocar los límites de la traducción literal, ni de la traducción libre. El resultado es una traducción restitutiva que encuentra toda clase de adeptos y críticos que hacen insufrible sus versiones de Homero. A través de su mirada modernizante, pero no completamente libre, Madame Dacier junto con su esposo André Dacier, y como homenaje obligado a la herencia de su padre intentó restablecer la memoria de los antiguos, en contraposición al declive del clasicismo.

A menudo, el trabajo silencioso de un traductor está a la sombra del autor que traduce. Para el caso de Émile de Châtelet, su trabajo estuvo cercado por el novelesco romance con Voltaire. Quizás, como lo expresan en el seguimiento biográfico, la obra traductiva de Madame de Châtelet, sería desconocida si no estuviera marcada por todos los aspectos personales que hicieron más provocador su trabajo. Como traductora de Newton, más que una elaboración puramente científica, Émilie, se atreve a introducir conceptos de Leibnitz, modernizando la lengua con nociones tan fundamentales como la *fuerza*, y algunas otras nociones físicas antes sin uso en la lengua, a su vez presentando el lenguaje científico con gran claridad, pero con un espíritu libre y completamente científico, beneficiando así mismo a Newton y a los hombres de ciencia de la época. Apreciada como traducción de referencia, su interpretación clara y acertada de los *Principia* de Newton, de latín a francés, legitimó el francés como lengua científica y abrió el camino para la traducción a otras lenguas.

Siguiendo el hilo de mujeres con una inestimable educación para la época, encontramos a Albertine Necker de Saussure, quien con su traducción de Schlegel, lleva a Francia el ímpetu del romanticismo. La fuerte alianza con Madame de Staël, la llevó a iniciarse antes que en la escritura, en el trabajo de traducción, imprimiendo en su obra un estilo comentado y parafraseado que le permitió, a su vez, sumergirse e importar a su cultura el gusto por lo extranjero. Similarmente, este ejercicio le permitió abrir el camino a nuevas traducciones, siempre respetando el contenido, denominándose así una literalista del contenido y no de la forma. Entre sus pocas obras traducidas, se encuentra la traducción del *Curso sobre el arte dramático* del alemán al francés, que fue un extensivo diálogo con el autor, pues Schlegel se encontraba reformando el texto mientras Albertine traducía dicha obra; el impacto de esta pieza suscitó importantes controversias por las críticas a la tragedia francesa.

Con un diploma en ciencias, en derecho y un historial como periodista, Irene de Buisseret encuentra en la traducción el “accidente” que la llevó a confeccionar el manual de la traducción inglés- francés, desde una perspectiva no lingüística, pero sí con una mirada traductológica, condensando de esta manera, su concepción clásica de la lengua, su visión humanista de la enseñanza, en una obra cargada de elementos pintorescos, metáforas impactantes para darle el matiz humanista que caracterizara siempre su trabajo. Para Buisseret, la visceral tarea de traducir, es una actividad dinámica, que ella simboliza de manera espléndida con un lenguaje médico, expresando los diversos fenómenos de la traducción; así podemos encontrar relaciones médico- traductivas como “hidropesía mental”, “cacofonía crónica”, entre muchas otras. Sus imágenes no son solo ejemplificantes o metafóricas, sino constituidas sobre una sólida base crítica adquirida mediante sus previos oficios y experiencias.

A través de sus retratos, sus demonios, sus elogios, las traducciones de los siete seleccionados, motivan toda clase de cuestionamientos sobre la dinámica que gobierna el ejercicio del traductor con su obra, su quehacer, su conocimiento. Esta facultad instintiva de pensar, adherida a la posibilidad de verbalizar a través de las lenguas, que no es más que la misma razón forjada, llevan a cada uno a evidenciar y a particularizar su experiencia en un nuevo lenguaje, hasta cierta medida propio, pues, intrínseco a su trabajo de erudición, de soledad, de conciencia intelectual, cada uno obsequia el fruto de sus propias obsesiones para avivar el espíritu del autor.